



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 6 de septiembre de 1998

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Con el comienzo del mes de septiembre, se reanuda plenamente la vida laboral con las ocupaciones normales: las industrias, las oficinas y la escuela vuelven a su ritmo ordinario. Para muchos, es un tiempo de «programación»: se afrontan los problemas, se definen los objetivos, y se establecen los medios y las estrategias para alcanzarlos.

Deseo recordar a todos un principio fundamental de fe: antes y más allá de nuestros programas, hay un *misterio de amor*, que nos envuelve y nos guía: es el misterio del amor de Dios. Si queremos organizar bien nuestra vida, debemos aprender a *descifrar su designio*, leyendo la misteriosa «señalización» que Dios pone en nuestra historia diaria. Para este fin no sirven ni horóscopos ni previsiones mágicas. Sirve, más bien, la *oración*, la oración auténtica, que va acompañada siempre por una opción de vida conforme a la ley de Dios.

En este año que, en la preparación para el gran jubileo, está dedicado particularmente al Espíritu Santo, dirijamos a él nuestra oración insistente. Lo invocamos como Espíritu de «consejo» y de «sabiduría». Nadie más que él conoce nuestro futuro y es capaz de orientar nuestros pasos en la dirección correcta.

2. Para programar bien, hacen falta *criterios*. Algunos los dicta la realidad misma: son criterios de necesidad, de oportunidad y de eficiencia. Pero estemos atentos a no reducir todo a cuestiones materiales. No nos limitemos a la tecnología y a la burocracia. Si queremos hacer proyectos verdaderamente «humanos», debemos insertar en nuestros programas el impulso de los grandes valores morales y espirituales. También debemos esforzarnos por mirar a los que están en

nuestro entorno, quizá a nuestro servicio, o a los que de algún modo influenciamos con nuestras opciones, *considerándolos siempre como personas* y jamás como números o cosas.

En una palabra, organicemos nuestra vida, personal y comunitaria, inspirándola en el amor y no en el egoísmo. Abrámonos a nuestros hermanos, en especial a quienes por su condición —pienso en los niños, en los enfermos, en los ancianos y en los parados— se ven obligados a esperar mucho o todo de los demás. Que nuestra programación sea, por eso, también un gesto de solidaridad.

3. Pidamos a la Virgen santísima que nos obtenga una auténtica «sabiduría del corazón», para proyectar bien nuestra vida y reanudar con empeño nuestras actividades. Que ella, a quien en las letanías lauretanas llamamos «Madre del buen consejo», nos sugiera buenos pensamientos y nos ayude a orientar nuestra vida según el designio de Dios.

* * *

Después del Ángelus

Saludo ahora cordialmente a las personas y grupos de lengua española. En este primer domingo de septiembre, quiero alentaros a ser sembradores de esperanza cristiana para construir juntos una sociedad más humana y acogedora.